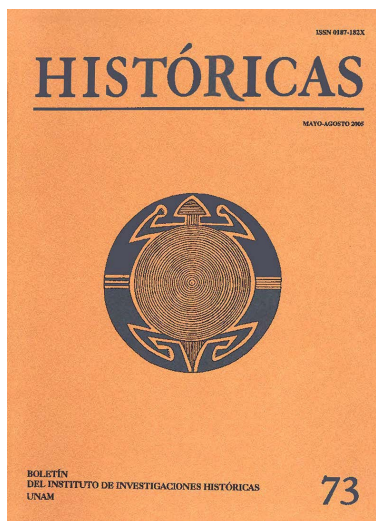




**Artículo:** González Ortiz, María Cristina. Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, 275 p.

**Autor(es):** Mayer González, Alicia

**Revista:** Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

**Número:** 73

**Año:** 2005

**ISSN edición impresa:** 0187-182X

**ISSN de pdf:** [en trámite]

**Forma sugerida de citar:** Mayer González, Alicia. "González Ortiz, María Cristina. Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, 275 p." Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 73 (2005): p. 25-31. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3615>

---

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

**Correo electrónico:** [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

---

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
  - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
  - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
- 



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

---

ma no se enfrentaron a Napoleón se debió, sobre todo, a que su autonomía había menguado mucho y habían sido obligados a depender por completo del monarca español, quien se hallaba preso en 1808, y no tanto a que los franceses se hubieran propuesto combatirlo con todas sus armas. Si en los años siguientes los diputados que favorecían el restablecimiento del Santo Oficio en la península no lo consiguieron se debió, entre otras cosas, a que no había rey que, junto con el papa, hiciera los nombramientos, y no tanto a que los liberales se hubieran impuesto. Si, por último, no se mantuvo el tribunal cuando México consiguió su independencia, se debió (entre otros muchos factores) a que para la Santa Sede nuestro país no existía y, por lo tanto, no podía ratificar o nombrar nuevos inquisidores, y no tanto a que el constitucionalismo hallara monstruoso conservarlo. Por su parte, el Santo Oficio no pudo hacer nada, y cuando lo intentó, el resultado de sus actividades fue contraproducente, como fue el caso de su posición contra la insurgencia, que

únicamente mostró la contingencia de sus disposiciones.

En suma (y a riesgo de parecer determinista), la Inquisición en Nueva España desapareció porque tenía que desaparecer, eran tiempos nuevos, de incertidumbre, en los que debía experimentarse con opiniones arriesgadas, en los que nada podía dar legitimidad a instituciones nacidas de la confianza en una fe y en un orden del mundo, pese a que (y pésele a los liberales) la mayoría de los políticos y pensadores del momento siguieran creyendo que hacía falta proteger la religión y controlar el modo de pensar de los ciudadanos, pecaminosos e imperfectos al fin.

Como puede apreciarse, nuestro ingenuo lector que fue a la librería para adquirir este libro y enterarse de cuán maligna podía ser la Inquisición se habrá llevado una decepción y tal vez una sorpresa; pero mejor aún, se habrá llevado a casa un libro bien escrito, fácil de leer, que disfrutará y le permitirá conocer y comprender una parte valiosa de nuestro pasado y, por lo tanto, de nosotros mismos. □

---

María Cristina González Ortiz, *Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, 275 p.

Alicia Mayer González

---

Juan A. Ortega y Medina, protagonista del libro que hoy nos reúne, se sirvió de un arbitrio literario simbólico, contenido en *El criticón* de Baltasar Gracián, para explicar sus razonamientos

en torno al problema histórico de la identidad:

¿Qué es esto? ¿Soy o no soy? Pero, pues, vivo, pues conozco y advierto, ser tengo, más si soy, ¿Quién soy yo?

Estas palabras emblemáticas, cosa bastante curiosa, reflejarían en muchos sentidos el propio despliegue vitalista del historiador, andaluz por nacimiento y mexicano por adopción, quien llegó a México tras el destierro de los republicanos durante la Guerra Civil Española (1936-1939).

En algunas obras, Ortega tomó el ejemplo de dos personajes, el Andrenio de Gracián y el Robinson Crusoe de Defoe, para comparar o contraponer dos visiones del mundo. Andrenio, según él, era un personaje que iba por la vida "en guardia contra las asechanzas mundanas, pero en un entorno cuya realidad era ilusoria o engañosa. Por contra, el Robinson era totalmente consciente de su vivir en un mundo real y lo hacía con pragmatismo. Mientras Robinson actuaba en él para cambiarlo, regenerarlo y, en sentido teleológico, rescatarlo, Andrenio sólo iba aprendiendo y escarmentando, mediante amargos desengaños, "hasta alcanzar por fin la isla de la inmortalidad" (*El conflicto anglo-español*, p. 100-101).

Entre Andrenios y Robinsones se debatió el ser, la búsqueda de identidad, la eterna ambivalencia del hombre en pos de sentido vitalista de Juan A. Ortega y Medina, como bien y agudamente descubrió Cristina González Ortiz, y don Juan alcanzó ya la tal isla de la inmortalidad gracias a la obra que hoy sale a la luz.

Es para mí una entrañable ocasión presentar el día de hoy este libro, que se ha titulado *Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones*, por varias razones: la primera es porque me une una entrañable amistad, además de un cariño de verdad filial hacia la autora, y la segunda, pero no menos importante, por-

que el tema de su estudio es ciertamente también parte de mi incumbencia personal. Al maestro Ortega y Medina le debo la confirmación de mi vocación histórica.

Espero que de mis palabras resulten dos homenajes: uno, al hombre que inspiró la obra que hoy vemos salir a la luz, y, el otro, a la autora. De antemano digo que podría yo pecar —por la naturaleza del tema y mi cercanía con Cristina— de parcial. Mi subjetividad la justifico haciendo mía la idea rousseauniana de que la pasión goza de todos los derechos, y me permito hacerla manifiesta en este momento. Pero la pasión es exigente. A pesar de que creo que la presentación de un libro es una fiesta, y que no es para mí excepción así considerar ésta en particular, también sé que me toca explicar, delante de un amable público que ha venido a este maravilloso recinto a presenciar un análisis crítico de una obra específica, una interpretación que puede desprenderse de la lectura. La última palabra, por supuesto, atañe a cada lector y su juicio depende de su propia concepción de hechos, vivencias y modos de percibir la realidad.

No deseo ahora hacer un análisis "tradicional" de este libro. La lectura me anima más bien a una reflexión de otro tipo, una que responde a inquietudes personales de índole filosófica, que se desprenden de las ideas que expone Cristina González en su trabajo, y otra que pueda servir de acicate a los lectores aquí presentes para leer la obra y conjuntar intereses propios con el riquísimo y sugerente legado ortegamediniano.

Hace más de una década, trece años para ser exactos, llamó mi atención un

---

artículo de Cristina González, que se titula "Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones", donde se advierte ya la aproximación temática a lo que retomaría después para su frontispicio titular. Allí expresaba que no era fácil definir el talento, la agudeza y la destreza para dar una explicación convincente a las interrogantes que Clío plantea; dicho simplemente, no era sencillo definir la vocación histórica ("Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones", *Históricas*, n. 36, 1992, p. 32). Esto lo decía nuestra historiadora cuando remembraba a su querido maestro y mentor con motivo de su muerte, acaecida el 4 de julio de 1992.

Dicho planteamiento tiene ahora una vigencia insospechada. Ciertamente el argumento es, al paso del tiempo, más pensado, añejo y decantado, pero la autora ha podido dar una respuesta totalmente convincente sobre cómo descubrir el don o el talento para historiar, una vez recorrido un camino de formación y aprendizaje, de experiencia acumulada, que la llevó a considerar cabalmente el trayecto vital e intelectual de ese hombre singular que fue Juan A. Ortega y Medina y el legado e importancia de su pensamiento.

Quando comencé este trabajo —nos dice la autora— creía que conocía bien a Ortega y Medina, y que merecía ser estudiado. Fue grato descubrir pronto que su pensamiento era más rico y coherente de lo que había imaginado y que su obra, no envejecida, seguiría vigente y debería ser leída porque contiene verdades muy por encima de la subjetividad de don Juan, pues sus apreciaciones históricas fueron certeras y penetró los secretos del devenir humano [p. 15].

En efecto, ese planteamiento que la propia Cristina hizo hace algunos años sobre el talento del historiador se vislumbra en la vida, en la obra y en el pensamiento de su tutor, pero como digna discípula que fue de él creo que también descubrimos plenamente esa vocación de historiadora en ella misma a través de lo que revela su trabajo. El libro que ahora revisamos vale, no porque trata sobre un hombre excepcional con un legado intelectual excepcional, sino como aportación historiográfica. No puedo desestimar la capital importancia que conlleva el libro que nos ocupa y es ésta: la aproximación y la comprensión de una obra que ha trascendido en el quehacer historiográfico del siglo XX mexicano. Cristina González no ha dudado en calificar a Ortega y Medina como "el más distinguido representante de la primera generación de intelectuales exiliados formada en México en el campo de la Historia" (p. 10).

La obra de Juan A. Ortega y Medina (más de 200 títulos, entre libros, artículos, reseñas, valiosísimas traducciones y otros trabajos, que han quedado cuidadosamente compilados en la sección bibliográfica de este estudio) presenta un haz de direcciones. Cristina González nos enseña a leer los textos de Ortega y de veras a desentrañar los elementos compositivos de éstos, así como a comprender en qué situación y bajo qué circunstancias surgieron las ideas ínsitas en esta vasta producción personal. No pretendo abundar en la estructura temática de este trabajo, ya el solo índice da una estupenda noción de lo que la autora pretendió ofrecer a los lectores interesados, ni en la metodología de la que sólo diré que es digna de tomarse en cuenta

como guía de aprendizaje sobre cómo escribir un estudio biobibliográfico e historiográfico. Si bien el objetivo de la autora es poner ante el lector un conocimiento cabal de la obra ortegamediniana y del impulso vital que la produjo, se revela también el arte y el método, preciso, certero, minucioso, donde ella recrea una obra que surge en un espacio y en un tiempo histórico.

Más bien me parece importante señalar que Cristina González no sólo hace el recuento del recorrido vital de un hombre notable, sino también penetra en las bases del conocimiento filosófico e histórico del quehacer humanístico en México al situar a Ortega y Medina en el ambiente cultural mexicano de los años cuarenta. Ella rastrea la influencia que recibió el historiador malagueño, sobre todo deudor de los historiadores alemanes y de sus maestros mexicanos y españoles. Luego analiza los ciclos o etapas que conforman la vida de un autor joven, en busca de sentido, de explicación, de identidad como exiliado y trasterrado, al maduro y cabal Ortega de la última época de su fructífera vida como historiador, en plenitud intelectual. Advierte, además, que se debe rescatar toda su obra y "apreciarla con la perspectiva del tiempo y de su riqueza temática" (p. 13). Mas la intención de la autora, que es "ofrecer una visión más amplia del pensamiento ortegamediniano", se rebasa totalmente.

No le pido a la autora la explicación de su personal elección del tema porque la conozco y estoy segura de que la conocen todos ustedes; y el cariño de la discípula ha rendido frutos extraordinarios para el conocimiento de los cultivadores

de la historiografía en muchos sentidos. Cristina González nos pinta a un hombre de armas que a la vez fue un intelectual, un espíritu sensible y generoso, con amplia vocación humanística y magisterial: "un discreto, respetuoso y extremado embajador de su patria, aunque sin representación oficial" (p. 73). Ciertamente no esconde la simpatía por el personaje en cuestión, pero tampoco se pierde en la subjetividad del panegírico. Comunicar fundamentalmente la necesidad de comprender en qué circunstancias una obra como ésta se origina, es formulada y cómo, al fin, fue concebida y creada.

En suma, la autora tiene el privilegio especial y consagrado de vivificar el sentimiento hacia un hombre excepcional, sin cegar al lector con el elogio, y con ello cumple cabalmente con una misión superior: desentrañar y examinar su obra y, con ella, su pensamiento. Juan Antonio dejó enseñanza, sí, pero una enseñanza fraternal. Ésas y otras impresiones personales salen de la obra de Cristina González. Ella logra transmitir esas experiencias de vida, esa apertura de la inteligencia, del buen decir y del buen actuar de ese ser recto, honorable y digno que fue uno de los exponentes más relevantes del exilio español en México.

El mensaje de Cristina es que el legado escrito del andaluz-mexicano merece ser estudiado por los principios del análisis historiográfico que él esbozó. No es fácil —aunque sí es fascinante— desentrañar una obra como la de Ortega y Medina y entregarla al lector como lo hace Cristina González, casi podríamos decir "diseccionada". No es fácil, repito, pues se trata de una obra con altos vuelos retóricos, complejos paradigmas his-

---

tóricos, complicados motivos personales ocultos entre líneas, arcanos matices y aun contradicciones que fue resolviendo el propio autor a lo largo de su vida. Fue un hombre que “tuvo la inmensa habilidad de formular diversas consideraciones sobre un mismo tema y material” (p. 103). España, Estados Unidos, el indio, Lutero, la religiosidad, la literatura viajera, la teoría de la historia, el arte incluso, fueron los temas en los que Ortega incurrió “desde México y partiendo de su particular perspectiva, acorde con su inclinación por la historia de las ideas, su propia ideología política, sus sólidos conocimientos en asuntos morales, religiosos y teológicos” (p. 193) y con otras razones no menos importantes. La dimensión del libro se abre en varias direcciones. Metódicamente desentraña las ideas del maestro con gran profundidad, construyendo sus andamiajes explicativos: “cálculos y cimbras”, como ella gusta de decir, y que nos revela aquel talento que Cristina veía quizá sólo personificado en la figura portentosa, agigantada y necesariamente idealizada —que, como alumnos que somos, construimos alrededor de nuestro mentor— del propio don Juan, pero que nosotros podemos contemplar en el arte mismo de historiar que ella propone.

Tenemos, pues, ante nosotros una obra, la de Cristina González, de gran madurez intelectual. A esto le podemos agregar de calidad, erudición, agudeza y rigor metodológico. En fin, la tarea no era sencilla: pero la autora la emprendió con amorosa dedicación, sincero agradecimiento por la recompensa de haber sido receptora de la generosidad del maestro, herencia afortunadísima que hoy vemos

plasmada en la propia y brillante obra que nos ocupa.

Mucho comparten la autora y su maestro: el amor por la literatura, las virtudes magisteriales, la sapiencia, la simpatía, la generosidad, la personalidad y la comprensión de su tarea vital. En mucho coinciden también en cuanto a su manera de ver la historia. A ella también le veo esa calma de pensamiento que caracterizaba a Ortega. Ella misma, inteligentemente, pormenoriza su estudio historiográfico manifestando precisamente lo que heredó de su mentor: la habilidad de ponderar ideas y entronizar las capacidades de los individuos como hacedores de la historia, como protagonistas del acontecer y como objeto del estudio del historiador. Con gran frescura y agilidad en su pluma, Cristina González presenta un marco estructural coherente, circunstancial y psicológico montado desde los primeros capítulos de su trabajo para enmarcar a su vez el cuadro histórico y vital del autor analizado y después poder desentrañar la obra que dejó él como herencia a nuestra disciplina. Entonces logra magistralmente, como consecuencia, recrear la parte histórico-conceptual que rodeó al propio personaje estudiado.

La lectura produjo en mí una serie de reflexiones y muchas, muchísimas, remembranzas. La parte que yo viví con el maestro —y permíteme que hable en primera persona— es la que la autora ubica en el ciclo final de su obra, “correspondiente a un Ortega que ha alcanzado los 67 años de una vida llena de trabajos, a la vez que ha iniciado una segunda vida matrimonial que pudo gozar con suma placidez a partir de 1980” (p. 144). Queda la parte

del contacto maestro-discípula en el más íntimo recuerdo, pero lo que sí puedo dejar aflorar es ese derroche de ideas, planteamientos, conceptos y enseñanzas que uno podía interceptar en el diálogo cercano y cotidiano con el entrañable tutor y que veo reflejado también en la experiencia de mi querida colega. Yo comparo tu opinión de que *La evangelización puritana en Norteamérica* es el libro más erudito de Ortega. Se trata, en efecto, de una exhaustiva investigación, cuyos resultados hacen alarde de la sabiduría de don Juan. Añado, de paso, que, para mí, el más divertido es *México en la conciencia anglosajona*, animado con esa sutil ironía y espléndida retórica ortegamediniana; el más cercano a las bellas letras es *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, con su narrativa cuasi novelesca; el más dirigido a una elite culta es *Imagen y carácter de J. J. Winckelmann*, mientras que el más "denso" por su erudición, si se me permite este símil, es *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, si mi querido colega y experto Álvaro Matute no me corrige. El de mayor aportación a la historiografía mexicana puede ser su *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* y los que sirven de puentes comprensivos con temas que tienen que ver con el enlace con el pensamiento extranjero son *Humboldt desde México*, *Zaguán abierto al México republicano* y *Reforma y modernidad*. No podía faltar la contribución de Ortega a la idea del descubrimiento de América con su libro sobre historiografía colombina. En fin, para qué extendernos. Ya dije que hay más de doscientos títulos registrados por Cristina González en su completísimo apartado bibliográfico-crítico.

Por otro lado, una de las vertientes fundamentales que surgen del libro de Cristina González es la discusión sobre el historicismo. Juan Ortega y Medina buscó en su obra sintetizar, armonizar, explicar y comprender acontecimientos humanos en el pasado desde la óptica de una aproximación historicista. Al respecto, dice Cristina lo siguiente:

Dos vertientes íntimamente vinculadas integraron el historicismo mexicano. La primera fue el desarrollo de su peculiar realidad histórica en Europa, una de cuyas ramas, la hispánica, fue trasplantada a tierras americanas. La segunda, el interés, la actividad y la disconformidad intelectual de algunos pensadores mexicanos que, tras la Revolución, iniciaron la búsqueda de alternativas a una caduca historiografía incapaz de abandonar las viejas disputas decimonónicas entre liberales y conservadores [p. 49].

Me pregunto si a través de la lente historicista pueden encontrarse los ci-mientos o dilemas del existencialismo, pues sin duda encontramos en Ortega algunas de estas máximas: un concepto particular de la libertad, de la acción y de la responsabilidad individual. Es precisamente una exponente del existencialismo, Simone de Beauvoir, en su libro *Tous les hommes sont mortels* (1946), quien habla de forma alegórica sobre el viejo sueño de la inmortalidad para dilucidar la parte intrínseca representada por la muerte en nuestro destino. Volvemos a la inmortalidad, ese concepto que el propio Ortega y Medina sacaba a colación cuando hurtaba a Gracián sus palabras para buscar la explicación del ser hispánico.

---

Con su estudio, Cristina González nos hace asequible a un hombre que por su misma humanidad no podía, aunque así lo deseáramos, vivir para siempre y perdurar físicamente.

“Ortega divulgó más sus ideas por medio de la cátedra que de sus libros” (p. 176), nos dice también la autora. Según apunta ella, y con razón, para decenas de generaciones de estudiantes de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, las ideas de Ortega y Medina, escuchadas en el aula, se convirtieron en su propio bagaje. Mas aquel hombre que tantas veces transitó por los pasillos de la facultad se ha ido. Gracias al trabajo que hoy presentamos, *Juan A. Ortega y Medina entre Andrenios y Robinsones*, este extraordinario historiador se vuelve imperecedero, pero por su obra, una de las razones por las que trasciende una persona notable, según lo apuntaba la propia Simone de Beauvoir.

Inevitablemente podemos pensar que el individuo en cuanto existencia ha de elucidarse desde sí mismo en su situación histórica, única e irrepetible. Algunos seres pasan ante nosotros sin revelarse; otros, en cambio, amalgaman su destino con el nuestro y, al desarrollar su propia vida, vierten un influjo de su espíritu a los seres que los circundan. Para quien no conoció a Ortega y Medina, el libro lo

presenta en su cabal dimensión: la del ser bueno, digno, moral, honrado, honesto, generoso, entregado a su trabajo y a sus alumnos y comprometido con una investigación seria y profesional, apasionada y vital. El historiador debe ser consciente de su subjetividad y del compromiso vital con sus ideales de todo tipo. Quienes tuvimos la gran fortuna de conocerlo ¡cuántas cosas podríamos decir de una figura noble y grande! Me prometí a mí misma para el día de hoy no excederme en adjetivaciones, aunque, hay que decirlo, el panegírico es casi de rigor.

La exploración de la intimidad es una tarea difícil. Cristina: nadie hubiera escrito mejor una obra sobre Ortega y Medina. Conociste bien al hombre... conoces bien su legado intelectual.

Desentrañar en todas sus consecuencias este libro es, como dije y reitero, labor y necesidad de cada lector. Yo alabo del estudio la absoluta libertad del corazón, del espíritu y del trabajo de la autora en su quehacer intelectual. Ha sido un honor para mí reseñar este hermoso y documentado libro de Cristina González, una generosa voz que enseña cómo vivió un hombre y, sobre todo, cómo sintió su vida y plasmó su experiencia en una obra escrita que está enmarcada en una situación temporal específica, de gran riqueza para la historiografía mexicana. □

